

La risa del bufón *El revés de lo instituido*

Por José Luis Cao

*"Pari siamo....Io la lingua, egli ha il pugnale;
L'uomo son io che ride, ei quel che spegne
Quel vecchio maledivami..
O uomini O natura....
Vil scellerato mi faceste voi...
O rabbia... Esser difforme...Esser Buffone..
Non dover, non poter altro che ridere..."*

Atto primo, Scena ottava, *Rigoletto*, de Piave y Verdi

A fin de asegurar su transmisión más allá del presente, la historia narra para el futuro los sucesos transcurridos en tiempo pasado. Un prolijo ordenamiento de los acontecimientos por parte del divulgador les asigna importancia a partir de su aparición en el relato, mientras que desconoce u oculta celosamente otros considerados irrelevantes.

Si bien los hechos son importantes para la comprensión histórica, recién adquieren interés social cuando se les adjudica autoría. Alguien siempre estuvo participando de los acontecimientos. Surge de este modo la idea de un

actor social real o imaginario, ya sea como autor, oponente, modelo, ayudante, testigo etc. Los hechos históricos se deben encuadrar dentro de características sociales reconocibles inseparables de los referentes humanos que imprimen de ese modo la posibilidad identificatoria del ser social.

La producción histórica abunda en sucesos que relatan las hazañas de personajes que marcan hitos sobresalientes para la humanidad. Los famosos en todos los campos: gobernantes, guerreros, artistas, filósofos, inventores, reformadores sociales y religiosos se destacan de la masa poblacional que aunque productores

sociales deviene su existencia en el más absoluto anonimato.

Sin embargo además de los seres enmarcados dentro del mito heroico, existen personajes marginales de la fama y el poder que ocupan un lugar imprescindible en el desarrollo de la cultura humana como antihéroes.

De entre ellos surge el personaje del bufón, doble especular y compañero inseparable de los poderosos, con quienes conforma la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo.

El personaje del bufón constituye un mito que va más allá de la existencia de individuos concretos para formar parte de un prototipo de burlador que condensa a diversos personajes que siempre se hallan presentes en la historia de todos los pueblos. Oficiantes de bufón como *Triboulet*, comediantes como *Charlotte* (Carlitos Chaplin) o personajes de ficción como *The Joker* (*Guasón* en la saga de *Batman*). Diversidad de personajes unificados por el mito sostenido por la imaginación popular y alimentado por el arte (literatura, teatro, y cine).

Para dicha representación imaginaria el bufón es un personaje que posee un rol definido por la acción de hacer

reír con su ingenio y sus tretas que atacan la solemnidad de lo instituido proponiendo otra mirada sobre los acontecimientos. La cultura ha constituido una imagen prototípica del bufón reconocible a través de los tiempos: un hombre de edad indefinida ya que aún siendo viejo se comporta como un joven insensato. Vestido con un jubón (vestimenta ajustada que cubre desde los hombros a la cintura) de mangas largas, con capucha



que remata en una corta pollerita de volados por debajo de la cintura. Sus colores son intensos predominando el rojo, el amarillo, el verde, el blanco y el negro. (El amarillo y el verde significaban colores despreciables en la Edad Media). El mismo se halla dividido en campos al modo de la heráldica separando sectores partes de arriba y abajo o de derecha/izquierda, o adoptando forma de damero horizontal u oblicuo. Un cinturón grueso sostiene un pantalón sumamente ajustado y de color diferente al del jubón.

Sus pies se hallan calzados con botas que rematan en punta doblada hacia atrás portando cascabeles, los que también pueden colgar de los bordes desflecados del jubón. Completa el atuendo un zurrón o saco de vejiga de buey o de chanco que oficia como la actual bolsa de los ilusionistas (posibilita la aparición o

desaparición de cualquier cosa), y un gorro de varios picos del que cuelgan cascabeles. En sus manos empuña un cetro remedo caricaturesco del emblema del poder real. Dicho cetro remata en una cabeza disfrazada de bufón conocida como el "títere" o "la muñeca" cumple varias funciones: desde llamar la atención de los concurrentes al agitar los cascabeles que cuelgan de ella, hasta utilizar el títere como *alter ego* que el bufón hace hablar mediante técnicas de ventrilocuo.

El títere oficia de excelente intermediario cuando el gracioso lanza sus dardos sobre el rey o los nobles, ya que lo exculpa de sus cuestionamientos satíricos.

Esta imagen descrita se corresponde en realidad con un tipo de bufón más conocido como con título de oficio, típico de las cortes monárquicas durante la Edad Media y el Renacimiento, aunque los últimos bufones llegaron a verse en Europa hasta el siglo XVIII y sus múltiples descendientes llegan hasta nuestros días (mimos, cómicos, comparsas, mascaritas, etc.).

Cabe entonces destacar que el término bufón remite a dos principales aplicaciones: a) concretamente a la existencia histórica de un individuo que ejerció el oficio de hazmerreír en buena parte de las cortes de poderosos, sobre todo al servicio de los reyes durante la Edad Media europea;

b) por extensión a todo personaje que se halla presente con distinto apelativo en casi todas las sociedades humanas desde la más remota antigüedad hasta la actualidad. Este es el que adopta el rol de "burlador" de las más diversas formas divinas o humanas (sátiros, Dionisos, *Loki*, *Bes*, *trickster*, bufón, *clown*, farsante, cómico, chistoso, gracioso, etc.).

A diferencia del bufón medieval con título de oficio, el rol de burlador se presenta con tantas variables que no posee una precisa delimitación con otros roles similares que de él se desprenden: (titiritero, saltimbanqui, payaso, ilusionista, etc.).

La palabra bufón reconoce varios tipos de etimologías, desde aquellas que: a) la relacionan con adjetivaciones vinculadas a alguna de las características del personaje; b) leyendas que remiten al origen del término, y c) crónicas e historias de bufones vinculados con la nobleza europea.

a) Entre las primeras se halla la del verbo *buffar* utilizado para definir el inflado de las mejillas por parte del personaje en cuestión como acto preparatorio para recibir bofetadas por parte de un *partenaire*, con la finalidad de hacer reír a los espectadores. En ese sentido los actuales payasos utilizarían los mismos eficaces recursos de sus antecesores.

b) Otra probable deriva-

ción de la palabra bufón se hallaría en cambio relacionada con una leyenda de la antigua Grecia referida a las fiestas denominadas *buphonías* (toro). Se dice que también podría ser por el nombre del sacerdote llamado *Buffo*, encargado de los sacrificios de esos animales. Cuéntase que en una oportunidad cuando estaba hacha en mano por realizar el sacrificio de un bucy, debió huir presurosamente al ser requerido por la justicia. Al hacerlo arrojó el hacha al suelo. Por sentirse impotente al no poder apresar al tribunal terminó ensañándose con el hacha, a quién juzgó por el delito del sacerdote. De este modo habría quedado inscripta como bufonada la situación cómico satírica despertada por la fuga del hombre y la condena de su instrumento de sacrificio.

c) Sea cual fuere el origen de la palabra la figura del bufón aparece claramente representada durante la Edad Media europea en un personaje de carácter farsesco cuya misión era la de provocar la risa a los poderosos y cuyas historias llegan hasta nosotros por crónicas históricas (*historia de los reyes de Francia*), literarias (*Historia de Trouboulet* en el *Rey se divierte* de Victor Hugo), operísticas (*Rigoletto*), teatrales (*Rey Lear* de W. Shakespeare), pictóricas (*Goya*/ *Velázquez*).

Desde la más remota antigüedad los poderosos gustaron

de rodearse de personajes que les entretuvieran en sus horas de ocio. Los gobernantes chinos, egipcios, persas, griegos y romanos entre otros pueblos contaban con esclavos que procuraban entretenerlos a costa de sus propias vidas si fracasaban en el intento.

El bufón era un personaje que entretenía a los nobles en forma directa, indirecta o mixta. La forma directa era aquella en la que el personaje se esmeraba en hacer reír a sus amos través de la utilización de chanzas. En forma indirecta el hazmerreír era un pobre desgraciado, que poseía algún defecto físico (enano, jorobado), o mental (retardado, loco) que provocaba la hilaridad general. La forma mixta podría describirse como la más común siendo la que relacionaba la diferencia con la gente normal utilizada adrede como modo de ganarse el aplauso, engrosar su bolsa y decir lo indecible.

Los testimonios de los reyes europeos dejan constancia de la existencia de este personaje de acuerdo a su propia importancia. Inmortalizados por la historia de la realeza o por la transmisión oral, y la literatura popular (cuentos de Grimm), llegan hasta nosotros con la imagen ambigua de idiotas sagaces, y embaucadores que propalan verdades a través del humor corrosivo.

En la Edad Media existieron diversos personajes que podrían denominarse bufones y no todos ellos pertenecían a las cortes. Entre ellos tenemos a: 1) los bufones de título; 2) los bufones domésticos y 3) los denominados bufones populares.

1) La imagen del bufón que llega hasta nosotros es la del bufón de título entendiéndose por esta denominación el que ejercía su oficio en la corte medieval. Este personaje se hallaba al servicio de un gran señor, generalmente un príncipe o un rey formando parte de su séquito de tal modo que la caída en desgracia de su dueño provocaba irremediablemente la suya. Aunque algunos que ostentaban título pudieran pertenecer a otros amos una vez que el rey fallecía, la existencia del bufón se hallaba unida a su señor de tal manera que ambos constituían las dos caras del par dialéctico del poder. En ese sentido, el bufón es la contracara del rey, en realidad una ceca: el reverso de una moneda y de una legalidad. Un rostro deforme que resalta la supuesta belleza de la realeza, un loco que se opone a la supuesta sensatez del amo.

Los reyes como los ricos y poderosos de todas las épocas gustaban de tener a sus pies a aquellos que con su fealdad constituían el paradigma de su

opuesto. Si bien se insiste en demasía sobre la función de hazmerreír del bufón, ya sea por su deformidad o por su ingenio, no resulta excluyente su capacidad de razonar en forma diferente a los obsecuentes del rey, y por lo tanto la posibilidad de transmitir un mensaje desde el humor satírico y desde el nosentido, que tiempo más tarde va a ser explorado por Jonathan Swift, y Lewis Carroll.

En realidad muchos de estos bufones no eran esclavos como sus predecesores del Imperio Romano sino que eran siervos vasallos servidores del rey. Los



bufones formaban parte del personal de palacio, y aunque su principal función era la de entretener durante los festines llegaron a acompañar a su señor en sus viajes y en el campo de batalla. Si bien su oficio podía ser compartido, dependía de su habilidad o del capricho de su amo su exclusividad. Su cargo podía formar parte de una sucesión dinástica heredándose del mismo modo que el de los verdugos de padres a hijos. En cierto sentido podríamos decir que los bufones, en sentido figurado, también eran verdugos de sus señores ya que los hacían reír mofándose de sus defectos. Esta situación merecía el perdón de sus amos ya que de ese modo éstos expiaban públicamente en las cortes su habitual impiedad.

Las sátiras que desembozadamente lanzaban sus bufones solían compensar la crueldad que sembraban a discreción, humanizando a la vista de todos a tan regias personas. Sin embargo la vida del bufón siempre se hallaba en un equilibrio inestable, ya que debía mofarse de su señor pero sin irritarle porque de lo contrario podría recibir azotes o en caso extremo ser víctima del verdugo.

A pesar de contar ante el rey con más inmunidad que cualquier cortesano su vida dependía de los caprichos de éste. El bufón de título tenía un lugar preferente al

lado de su señor ocupando un lugar especial al lado de los consejeros, con quienes se confundía a veces al ser requerido por el rey. La tradición popular lo ubica a los pies de su señor realizando todo tipo de trapacerías, y al mismo tiempo explotando su imbecilidad para observar con ojos atentos las intrigas palaciegas.

Si bien su condición pasaba por entretener al noble con sus chocarrerías y sandeces, a veces se le aceptaba sus consejos por su demostrada fidelidad. En esas épocas oscuras en las que campeaba la lucha por los intereses de ascenso social mediante la traición, el bufón representaba el paradigma de la lealtad, ya que era el único que no sólo no aspiraba al poder sino que se burlaba del mismo caracterizándolo como una empresa vana. Su condición de siervo preferencial quedaba manifestada en su trato con el rey a quien trataba mucho más directamente que los propios familiares del soberano. Algunos bufones a diferencia de cualquier vasallo independientemente de su rango se dirigían al rey sin ningún



protocolo denominándolo padre o primo, mientras que recibía del soberano el tratamiento de hijo.

Con el mismo criterio podían darse el lujo de insultarse, y acusarse de locos o insensatos. Por supuesto esta situación se mantenía en tanto satisficiera al soberano, quién tenía la última palabra.

El bufón como loco poseía los atributos que en muchas culturas le permitían usar las palabras a su antojo. De ese modo podía darse el lujo de expresar ingenuamente lo inconveniente, reprimido o prohibido.

La utilización del humor para expresar acertijos y fábulas le daban a sus aportes un aire excéntrico, de modo que lograba que le perdonaran sus opiniones por considerarlas sandeces propias de un loco.

Una sociedad maniquea como la del medioevo requería de un personaje que resumiera las contradicciones filosóficas cues-



tionando de un modo irracional la supuesta racionalidad de la época. El bufón como burador participaba y al mismo tiempo cuestionaba el orden ins-

titucional existente del mismo modo que el humorista en la actualidad. Ambos desnudan con sus retruécanos la hipocresía que adopta la sociedad en su doble discurso relacionado con el poder. El chiste como descubriera Freud siglos más tarde se hallaba en estrecha relación con lo no dicho por estar oculto a la conciencia. Al develar el mito de la verdad instituida el bufón transitaba un sendero peligroso, del que lo amparaba sólo el salvoconducto de la supuesta idiotez o locura.

Si bien la función principal del bufón era la de entretener a una corte ociosa e inculta provocando la risa de sus espectadores las múltiples anécdotas que se registran sobre su vida en la corte va mucho más allá de ello. Así es como aparece el bufón como compañero del rey, como asesor, como consejero, y sobre todo como morósofo: una especie de filósofo que mediante improvisados acertijos, fábulas y poemas incita a la reflexión de principios morales. Curiosa actividad de quien se sospechaba demencia, locura o por lo menos insensatez. Sin embargo si bien algunos bufones eran débiles mentales los había inteligentes, no resultando extraño que aquellos que ocupaban una posición marginal con respecto al poder tuvieran mayor claridad acerca del desenvolvi-

miento de los acontecimientos. Aún hoy en día los cómicos se hallan mejor dispuestos para el análisis de la realidad que los especialistas científicos o políticos.

2) El bufón doméstico era aquel que desde la antigüedad se ocupaba de entretener a las personas de una casa en especial a un dueño de carácter noble. En casi todas las sociedades en las que existía una clase poderosa, existió un personaje denominado de diversas maneras que era el encargado de entretener provocando la hilaridad de los presentes a los banquetes. Este personaje era reclutado entre aquellos que tenían alguna habilidad (acrobacia) o un visible defecto físico y/o mental ya que esa misma condición era objeto de hilaridad, aun hoy en día algunos *reality shows* invitan a sus programas a seres marginales, excéntricos y anormales con la finalidad de aumentar el *rating*. Al servicio de dignatarios, gobernantes, eclesiásticos, guerreros, y prósperos gobernantes este personaje del que todos se mofaban recibía premios y castigos, de acuerdo al capricho de sus amos. Su raída vestimenta revelaba su condición de pobre y de loco, aunque si demostraba habilidad e ingenio podía ser requerido en otros lugares.

3) El bufón popular era un personaje ambulante típico de la

Edad Media europea que recorría los caminos para detenerse en los pueblos, y estacionarse en las ferias populares, entreteniendo a los que concurrían a observar su espectáculo. Saltimbanquis, titiriteros, *clowns*, magos, mimos, juglares y trovadores se emparentaban con él. La diferencia con el bufón de corte era que por lo general descollaba en picardía e inteligencia para proponer todo tipo de entretenimiento, que ensayaba previamente. Por lo general cobraba por el espectáculo, era libre y podía deambular por las diferentes regiones haciendo uso de la tradición oral en la transmisión de leyendas y consejas en una época en la que la movilidad popular fuera del hábitat era escasa. Es el antecesor del espectáculo ambulante del circo, y teatro popular.

Muchísimos son los bufones que pasaron a la historia tras la descripción de los hechos que envolvieron a sus amos. De algunos de ellos nos enteramos porque figuran en crónicas de la época o porque comienzan a formar parte del séquito real como un oficio rentado. Quedando asentada su existencia en prolijos documentos donde se deja constancia de su participación en las cuentas y gastos reales.

Desde comienzos del siglo XIV, según A. Gazeau, figuran en los registros reales franceses de ce-

nas de bufones al servicio de reyes y reinas. La mayoría conjugan rasgos de deformidad con capacidad de generar risa y divertimento a una corte palaciega aburrida. Desde *Rollet*, bufón de Felipe VI de Valois hasta los de Maria Antonieta múltiples son los bufones que alegran a los reyes. Entre el antiguo régimen y la Revolución Francesa que barre con esas costumbres aristocráticas offician de bufón Seigni Johan, Thevenin, Hanselin, Villon, Brusquet, entre otros. Pero el más famoso fue un loco de mutilada cabeza que estuvo al servicio de Francisco I, llamado *Triboulet* immortalizado por Rabelais en *Gargantua y Pantagruel*, por Victor Hugo en *El Rey se divierte*, e inspirador del *Rigoletto* de Verdi. Pero en la corte no sólo participaban bufones de nombres insultantes (*Triboulet* provendría de tribulación; *Sibilot* de ganso), sino que también fue costumbre que las reinas y los reyes como Enrique IV tuvieran bufonas como la celebre *Maturina*.

Inglaterra, Rusia, y España tuvieron asimismo bufones reales, algunos de los cuales, como el de *Pierna Barbarroja* de Don Juan de Austria, quedaron inmortalmente retratados por Velázquez. Con el correr del tiempo personajes con condiciones actorales fueron diferenciándose de la difícil delimitación entre bufones y actores

para dar lugar ya en épocas de la modernidad a la separación en roles más claros.

Basándose en la polifacética actividad de los bufones desde el siglo XVI compañías de actores independientes recorrían las cortes proponiendo espectáculos y cobrando por sus representaciones, danzas cómicas, comedias cómicas, y farsas realizadas sobre el conflicto dialéctico del amo y el siervo. La imagen del bufón siguió produciendo innumerable cantidad de posibilidades que dieron lugar a personajes diferenciados como los de la Comedia del Arte, o los modernos mimos y *clowns*.

La historia argentina también contó con bufones entre los que se destaca *Ensebio* bufón de Juan Manuel de Rosas que era mentalmente anormal y tenía un raro sentido del humor.

El mito del bufón se halla presente en la actualidad en cada una de las representaciones donde se utilice la ingenuidad de la locura para expresar lo inefable de un modo cómico.

La imagen del bufón aparece e forma permanente en la publicidad, en los cuentos infantiles, en los *comics*, y en los dibujos animados. Quedando immortalizada por los juegos de naipes como el *Comodín* o *The Joker*, una carta que deviene del número cero

del Tarot denominada *Le Mat*, *Le fou*, o *El loco*. Dicha carta muestra a un joven bufón que transita despreocupada e ingenuamente por la vida. Lleva un palo sobre su espalda del que cuelga un hatillo, señal de que anda ligero de equipaje. Tiene un pie en la tierra y otro en el abismo, mientras un perro le tironea del pantalón avisándole del peligro. El loco o como-

dín es una carta que no tiene número o bien ostenta el cero que supone la ausencia de orden ya que puede ocupar cualquier lugar de la baraja, y en algunos juegos figurar en cualquier otro rol. El bufón simboliza el Otro que dentro de nosotros desafía las reglas del espacio y del tiempo cuestionando a través de la risa el orden instituido como verdad absoluta.

José Luis Cao. Psicoanalista, analista institucional, e investigador en mitologías de la actualidad. Profesor de psicología social, dinámica de grupos y psicología institucional de las universidades nacionales de General San Martín y Mar del Plata. Profesor de Imaginarios Sociales de la Escuela Argentina de Psicología Social.

BIBLIOGRAFÍA

- Bergson, Henri: *La risa*, Editorial Austral, Bs. As. 1978.
Carroll, Lewis: *Alicia en el País de las Maravillas*, *Alicia a través del espejo*.
Diderot, Denis: *El sobrino de Rameau*, Editorial Ciencia Nueva, Madrid 1958.
Erasmus de Rotterdam: *Elogio de la locura*, Editorial Espasa Calpe, Madrid, 1983.
Gazeau, A: *Historia de bufones*, Ed. Miraguano, Madrid, 1995.
Hugo, Victor: *El rey se divierte*, Editorial Aguilar, Madrid, 1968.
Plauto: Obras completas, Editorial Ateneo, Bs. As., 1947.
Rabelais: *Gargantúa y Pantagruel*, Obras Completas, Editora Anaconda, Bs. As., 1944.
Shakespeare, William: *Rey Lear*, *Hamlet*, Obras Completas, Edit. Aguilar, Madrid, 1959.
Swift, Jonathan: *Viajes de Gulliver*, Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1960.
Verdi, Giuseppe: *Rigoletto*, Editorial Ricordi, Bs.As., 1958.